

VII.

Un día en Pádua.—San Antonio.—La frontera pontificia.

Ferrara 18 de noviembre.

¡Ya no estoy en Venecia!

Ayer mañana á las nueve atravesé por última vez el *Canal Grande* desde un extremo á otro, en la góndola de *Beppo*, del viejo *Beppo*, que ha fingido llorar al tiempo de dejarme.

En la proa iba mi saco de noche. A popa iba yo con mi tristeza de viajero...

¡Melancólicos instantes los últimos que se pasan en una ciudad querida!

Llegué al fin á la estacion del camino de hierro, á la cual no habia vuelto desde aquella poética noche en que ví surgir ante mis ojos á la reina de las olas, esclarecida por la naciente luna.

¡Qué diferencia entre un momento y otro!

Entonces deseaba ver lo que abandono ahora. Ahora temo olvidar lo que entonces codiciaba.

¡Ah! ¡Venecia! ¡Venecia! ¡Tú seguirás viviendo lejos de mí, tan bella como yo te veía! Tú te has quedado ahí, en el Oriente; y yo he emprendido ya mi vuelta hácia el ocaso.—Y llegaré á él... llegaré al ocaso de mis días... moriré como tantos otros que admiraron y cantaron tu hermosura, y tú seguirás recibiendo los besos de las olas, las miradas del sol y las caricias del astro de la noche!—¡Adios, adios, Venecia!

Estas y otras cosas pensaba yo hoy, cuando la policía me hubo dejado escapar, despues de someterme á nuevas inquisiciones, y en tanto que la locomotora nos arrastraba sobre las aguas por aquel maravilloso istmo, que me recordaba en cierto modo el camino de *Puerta de tierra* que une á Cádiz con la península española.

Hora y media despues, el tren hizo alto, y volví á oír gritar, como hace quince días:

—¡Pádua! ¡Pádua!

Y como entonces, ví á lo lejos unas grandes cúpulas, que salian de un suave barranco.

—Hé aquí mi camino, murmuré echando pie á tierra.

Y mientras el tren volvia á rugir y seguía en marcha hácia Verona, yo subí á un ómnibus con dos ó tres viajeros mas; crugió el látigo del automedonte; galoparon los caballos; envolviónos una nube de polvo, y en menos de cinco minutos nos encontramos en la ciudad.

Pádua está rodeada de muros, y tiene siete puertas.

Nosotros entramos por la puerta *Codalunga*.

Las calles que recorrimos para ir al hotel della *Stella d'Oro*, en donde paraba el ómnibus y donde yo me instalé, eran las principales de la ciudad, y sin

embargo, no brillaban por su alineacion, por su alegría ni por su empedrado. En muchas de ellas vi pórticos, nada elegantes, que me recordaron los de nuestra Palencia. Entre las casas, antiquísimas y adornadas con escudos heráldicos, habia bastantes palacios en estado de decrepitud.

Pádua contiene 45,000 almas. Yo no me lo hubiera imaginado nunca. Tales eran el silencio y la soledad que reinaban por todas partes.

Solo en las plazas encontré alguna animacion, y esa era debida á los soldados austriacos que iban y venian, cargados de sacos de harina y de cajones de pólvora.

El sol estaba nublado desde por la mañana, que lo ví brillar un momento en la laguna de Venecia. El día se habia vuelto muy frio, á pesar de que Pádua se halla solamente á 55 metros sobre el nivel del mar. Los paduanos vagaban lentamente bajo los pórticos, embozados en sendas capas, iguales á las de nuestro país.

Todo esto contribuía á presentarme á Pádua bajo un aspecto sombrío, tétrico, melancólico, que simpatizaba con mi tristeza de amante separado de su querida.—Venecia seguía reinando en mi imaginacion.

De esta manera llegué al hotel, donde permaneci una hora, sin resolverme á tomar ningun partido.

Al cabo de este tiempo comprendi que debia sacudir el marasmo que me dominaba, y á fin de conseguirlo, me eché á la calle, ó por mejor decir, á la plaza en que se levanta el hotel.

A la puerta habia una especie de calesa desvencijada, en el pescante de la cual costóme trabajo descubrir á un muchacho de catorce ó quince años, jorobado como una *etcétera*, de lo mas jorobado que nunca he visto, jorobado hasta el punto de que el lazo de la corbata le adornaba el origen de las piernas.

Y lo mas estraño de todo, es que aquel jóven parecia el ser mas alegre y mas feliz del mundo.

Riendo y bromeando, ofrecióme *il suo legno*, no sin añadir que tenia toda la ciudad en la palma de la mano y que me llevaría á la iglesia del SANTO, á ver los frescos de *Giotto*, al *Prato della Valle*, al café *Pedrocchi*...

—¡Alto! exclamé al llegar á este punto. Llévame al café *Pedrocchi*.

Yo habia oído decir toda mi vida que aquel café era uno de los prodigios de Italia y la gran curiosidad de la ciudad de San Antonio.

—Tengamos la gloria, me dige, de almorzar en el café *Pedrocchi*, y despues recorreremos la ilustre ciudad de Pádua.

El café *Pedrocchi*, como todas las cosas de su género que gozan una antigua celebridad, ha llegado á ser indigno de ella. Aquel inmenso edificio, abigarrado, oseuro, ahumado y feo, seria una maravilla hace treinta años, cuando se abrió por primera vez al público. Entonces tenia pocos y débiles competidores. Pero hoy lo aventajan en lujo, comodidad y belleza casi todos los cafés principales de Europa.

Sin embargo, en el café *Pedrocchi* se almuerza perfectísimamente.

Después de almorzar, pasé allí todavía media hora fumándome un detestable cigarro austriaco, coordinando mis ideas acerca de Pádua, trazándome el itinerario de mis escursiones, y repartiendo el tiempo de que pensaba disponer.

Mas de mil personas almorzarian, fumarían ó tomarían café al mismo tiempo en los diferentes salones del vasto establecimiento.

—Estoy en Pádua, pensaba yo; en Pádua, antiquísima ciudad, cuyo origen se pierde en los tiempos mitológicos. En Pádua, oprimida sucesivamente por los romanos, por Atila, por los húngaros, por los emperadores alemanes, por los Scala de Verona, por los Carrara, por la república de Venecia y actualmente por el Austria. Estoy en la tierra de los sepulcros, en la patria de Tito Lívio y de Mantegna, en la ciudad amada de Dante y de Giotto, los dos ilustres amigos. Aquí murió y está enterrado aquel franciscano *Antonio*, nacido en Lisboa, que ha extendido el nombre de *Pádua* hasta las aldeas y cortijos del territorio español. Aquí pasó Petrarca los últimos años de su vida, como canónigo que era de esta catedral. En esos montes que se elevan al Oeste se halla la aldea de *Arqua*, donde murió y está sepultado el sentimental poeta. En ese palacio, en fin, que he visto al pasar por la *Piazza dei Signori*, figuró Victor Hugo la tremenda accion de su drama *Angelo*, que tan pavorosa celebridad ha dado en toda Europa á esta ciudad sin fortuna.

Y también pensaba en otras cosas y en otros nombres... que ahora no vienen á cuento.

Ello es que volví á la calesa; di mis instrucciones al jorobado, y empecé á correr por las calles de Pádua como una exhalacion.

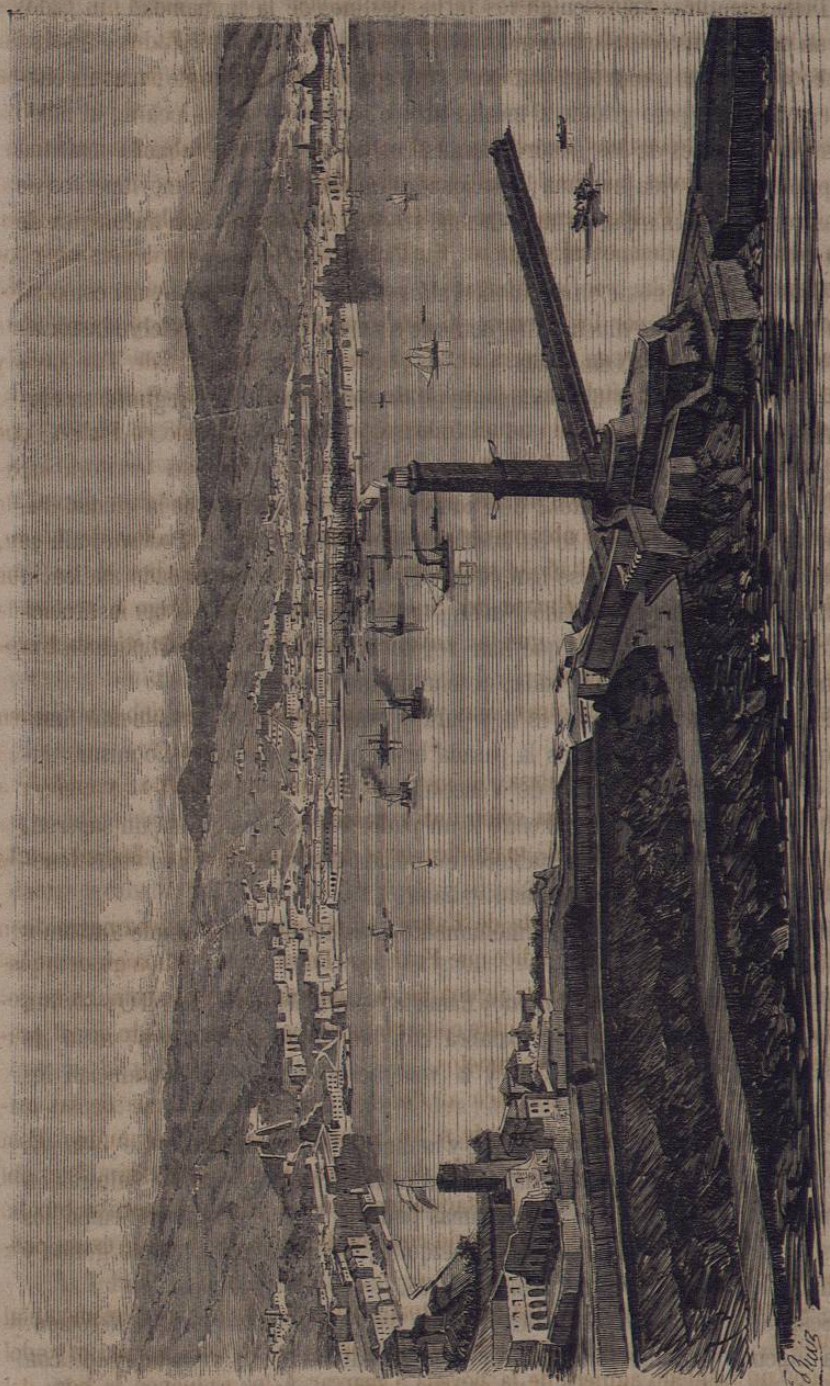
Primero fui á la catedral, magnífica obra del Renacimiento, dibujada, á lo que se dice, por Miguel Angel.

Allí vi un busto del amante de Laura, en el hueco de una losa negra, con una inscripcion en que solo se dice que Francisco Petrarca fue canónigo de aquella catedral, sin hacer mencion alguna de sus timbres literarios, como si la gerarquía histórica del grande hombre consistiera mas en haber gozado de tal prebenda que en haber escrito sus sonetos.

De la catedral me hice conducir al *Palazzo della Ragione*, una de las primeras curiosidades de Pádua, donde se ve la sala mas grande del mundo. Esta sala mide 300 pies de longitud por 100 de anchura, y fue construida á fines del siglo XII. El techo de tan vasta habitacion fue plano al principio; pero se hundió en el siglo XIV, y hubo que sustituirlo con una bóveda. Asi y todo, es un prodigio de edificacion.

El *Salone*, como se le llama por antonomasia, se estiende paralelamente al Ecuador, y en medio de él hay trazado un meridiano, al que baja un rayo del sol por un pequeño agujero de la bóveda á marcar á los paduanos la hora del mediodia.

En torno de la sala y á media altura de sus estensas paredes, corre una balaustrada ó galería, á la que se sube por cuatro magnificas escaleras.



Vista de Génova.

Este balcón facilita el estudio de las cuatrocientas pinturas que adornan los muros de tan descomunal estrado.

Dichas pinturas representan los varios destinos de la humanidad, juzgados por un criterio histórico-astrológico.

Yo no he visto nunca alegoría mas extravagante, mas disforme, mas incoherente y gratuita (pero grande al mismo tiempo, en medio de su locura, al modo de las aberraciones de los cuadros fantásticos del Greco), que aquella multitud de episodios de la vida humana, relacionados *ad libitum* con los movimientos de los astros, con la marcha de las estaciones ó con la representacion mitológica de cada estrella.

Tambien es de notar en el salon el *Monumento de Tito Livio*, asi como su sepulcro, por mas que muchos nieguen que sean los huesos del célebre historiador los que se veneran como tales.

—¡*Chi sa!* me dijo filosóficamente el *cicerone* cuando le pregunté su opinion en este punto.

¡*Quién sabe!* repito yo á mi vez.

Tal es el famosísimo *Salone* de Pádua, *Forum* y *Capitolio* de la ciudad durante muchos siglos.—Allí se ha administrado justicia por los *Podestá*; allí se ha reunido el concejo; allí se han celebrado elecciones; allí han dado audiencia los tiranos; allí han funcionado, en fin, todos los poderes, todas las instituciones, todas las corporaciones que han regido á Pádua en sus multiplicadas vicisitudes.—Hoy no pasa allí nada, absolutamente nada.

El *Palazzo della Ragione* es hoy pura y simplemente un monumento fúnebre que recuerda á los viajeros la pasada historia de la ciudad.—Lo mismo sucede con el Palacio de los *Dux* de Venecia.

Diriase que el Austria, cediendo á un pudoroso escrúpulo, ó á un supersticioso respeto, no se atreve á establecer su odiada dominacion sobre estos venerandos santuarios de la nacionalidad italiana.

Pues aun hay en Pádua otro monumento mas augusto que el que acabamos de describir.

Tal es la iglesia de *San Antonio*, llamada comunmente EL SANTO;—y van dos veces que escribimos esta palabra con tan visibles caracteres, á fin de espresar de algun modo el énfasis y la veneracion con que la pronuncian los paduanos.

La iglesia de *San Antonio*, blanca y luminosa, sin unidad de estilo, con sus ocho cúpulas, con sus capillas cuajadas de monumentos, con sus esculturas en mármol y madera, con sus antiquísimas pinturas, reúne al mismo tiempo los opuestos caracteres de una grandiosa mezquita, de un lúgubre templo gótico y de una espléndida catedral del *Renacimiento*.

Semejante heterodoxia artística le sienta bien á una iglesia de pura *devocion*.—La ingénuo y candorosa piedad de los niños adorna así la *Cruz de Mayo* con todo lo que puede embellecerla, sin fijarse en el simbolismo de cada cosa.

¡*Quién* no ha reparado en esos *altares*, y *quién* no los ha levantado en su niñez?—En ellos colocábamos el vistoso schal de colores de nuestra hermana, las flores del jardin, el retrato de Mina y de Castaños, los anillos de nuestra

madre, el busto de Napoleon, armas y brazaletes, santos y soldados, bandejas y escribanias, y un frasco de agua de rosas, traído de Argel, al lado de un salero lleno de incienso ó de pebete.—Y todo era un homenaje rendido á las escelencias de la *Cruz* que se alzaba en medio de aquella mesa revuelta.

Pues asi procede siempre la devocion, y tal es el punto de vista estético de la Iglesia de San Antonio de Pádua.

La *Cruz* que allí se venera es el cuerpo del *Santo*.

La capilla que encierra su sepulcro es un prodigio de riqueza. Toda ella está revestida de mármol blanco y negro. Estátuas de bronce y preciosos bajo-relieves alusivos á la vida del Santo, adornan las paredes. En el centro se levanta el altar. Este es de *verde-antico*, en el cual se destacan cuatro ángeles de mármol blanco, que sostienen otros tantos candeleros de plata. Delante del altar hay dos grupos de ángeles, tambien de mármol, que son obras maestras de escultura. Cada uno de aquellos grupos sirve de base á un enorme candelabro de plata, de admirablemente ejecucion. El candelabro de la izquierda pesa 1607 onzas: el de la derecha, 1.450.—Del techo del santuario penden innumerables lámparas de plata y de alabastro, constantemente encendidas. Y en fin, por todas partes se ven ricas y piadosas ofrendas, *ex-votos*, cuadros que representan los recientes milagros del santo; (diligencias volcadas, enfermedades, caídas, naufragios y otras desventuras, remediadas todas por la intercesion de San Antonio.)

Detrás del altar hay una lámina de bronce que sirve de puerta á la tumba del glorioso portugués.

Yo no he visto nunca, y cuidado que he vivido en Andalucía y en Valencia, devocion semejante á la que inspira este sepulcro á los hijos del Veneciano. Yo fui á visitarlo á las dos de la tarde de un dia cualquiera, y estaba rodeado de damas y caballeros, de gentes del pueblo, de niños y ancianos, que con el mayor recogimiento oraban de rodillas.—Los campesinos, que habian ido á Pádua al mercado ó á negocios, entraban, fatigados de los quehaceres del dia, con sus compras debajo del brazo, á tocar medallas y rosarios en aquella plancha de bronce; á aplicar á ella sus miembros doloridos, como á una fuente de salud; á que sus hijos impusieran allí sus manos, su boca y su cabeza, á fin de que fuesen buenos de pensamiento, palabra y obra; á confiar sus penas al patrono de la comarca; á pedirle ayuda ó consejo; á darle las gracias por anteriores mercedes, ó á visitarlo, á cumplir con él, á llevarle espresiones de sus familias, que al despedirlos aquella mañana con direccion á la ciudad, les habian dicho indudablemente:—«Que no te vengas sin ver al *Santo*.»

Al lado de la iglesia está la antigua *Scuola del Santo*, que merece ser visitada, aunque no sea mas que por los muchos y muy notables frescos de Ticiano que adornan sus paredes, alusivos todos á la historia de San Antonio.

Mas no es aquel todavia el gran monumento artístico de Pádua.—Este hay que buscarlo en las ruinas de la antigua iglesia llamada *Madonna dell' Arena*.

La *Madonna dell' Arena* fue edificada á fines del siglo XIII sobre los cimientos de un anfiteatro romano,—y de aquí su nombre.—Hoy está cerrada al cul-

to, desmantelada y ruinoso, en el fondo de un jardín de propiedad particular.

Sin embargo, pocos serán los viajeros que pasen por Pádua sin ir á ver en las vacilantes paredes de aquella nave vacía los célebres frescos de *Giotto*.—Estos frescos (ya lo he dicho) son un monumento del arte.—Su fecha no baja de 1276.

Giotto es todavía el pintor ideal, genuinamente cristiano, bizantino como su maestro el griego Cimabue; pero propende ya á resucitar la belleza pagana y á convertirla en espresion y forma de su teológico misticismo. Esta idea la habia heredado de su maestro, en quien era un instinto de su sangre helénica, y la legó á sus discípulos, que encontraron en el Mediodía de Italia mal apagados recuerdos de la beldad gentilica. Así, pues, *Giotto* es, como si dijéramos, el segundo príncipe de la dinastía de Rafael, de la genealogía del Renacimiento.—Verdad es que hubo un día en que el ascetismo cristiano, combinándose con la hermosura humana del arte antiguo, produjo la escuela estática, de que es lucero radioso el inimitable *Beato Angelico*; pero después llegó *Perugino*, el maestro de Rafael y la revolución del arte siguió su rumbo.—Perugino se afana por no inmolár el espíritu en aras de la forma; mas no intenta ni por un momento retroceder en el camino que ha adelantado el arte. Sus cuadros son una *transacción* entre lo divino y lo humano, entre lo inmaterial y lo terreno, solo que, como el espíritu es siempre mas grande, mas noble, mas angusto que la belleza mortal, sus vivos resplandores dominan y resplandecen sobre la materia.—Rafael no es ya la *transacción*, sino la *transición*. Su primitiva *manera* refleja todavía el genio místico de su maestro. Esta es la época de sus Virgenes sobrehumanas, de sus rostros seráficos, de sus visiones de gloria. Mas tarde, Rafael conocerá á Miguel Angel, estudiará el arte griego, se enamorará de la forma por la forma, y pintará la *Transfiguración*... ¡la *Transfiguración*, en que él también se transfigura; pero no convirtiéndose de hombre en Dios, como Jesús; sino trocando su intuición de ángel por la sabiduría de hombre y olvidando la naturaleza divina, para complacerse en la copia y exaltación de la naturaleza humana.

Pero me alejo demasiado de *Giotto*.

Entre los frescos de la *Madonna dell' Arena*, hay unos que son del mismo *Giotto*, y otros que se atribuyen á sus discípulos por la religiosa fidelidad con que se sigue su escuela.—Los del maestro se conocen por la alta concepción del asunto, por las sencillas actitudes de los personajes y por la ideal poesía de los rostros. Todos ellos recuerdan escenas de la vida de Jesús y de la Virgen, á escepcion de uno que cubre una pared entera (sobre la puerta de entrada), que representa el *Juicio Final*.

Esta célebre pintura, anterior en tres siglos al *Juicio Final* de Miguel Angel, recordaría la *Divina Comedia* aun á aquellos que ignoraran que Dante y Giotto fueron íntimos amigos; que el poeta vivió mucho tiempo en Pádua en casa del artista, y que uno y otro se dieron en sus obras testimonios de amor y de estimación,—Dante hablando de Giotto en unos sublimes versos, y Giotto retratan-

do mas de una vez al infortunado Dante.—Lo que nadie ha podido decidir hasta ahora es si la *Divina Comedia* fue inspirada por el *Juicio Final*, ó si la idea de esta pintura surgió en la mente de Giotto al oír á su amigo su inmortal poema.—Como quiera sea, todos los críticos han hallado (y yo la he hallado también sin ser crítico) una pasmosa semejanza entre una y otra obra. En el *Juicio Final* como en la *Divina Comedia*, la concepción es elevada, un poco abstrusa, eminentemente teológica, ó por mejor decir, escolástica, sombría como el genio bizantino, tremenda y misteriosa como aquella noche de lúgubres pesadillas que se llama la Edad-Media. En la pintura como en el poema, la disposición del cuadro es cándida y pueril, abigarrada y confusa, irracional ante las leyes de la perspectiva. Y por último, en ambas obras hay episodios y figuras de una belleza ideal, de una espresion encantadora, de un nobilísimo dibujo, en que se advierte la influencia de aquella elegancia gótica que trajeron de Oriente los Cruzados.—El *Juicio Final* de Giotto ostenta mas de una *Beatriz*, mas de una *Francesca*, mas de una *Pia*.

Yo no haré la descripción detallada de aquella pintura disforme. Esto sería muy largo. Me contentaré con decir que el Padre Eterno ocupa el centro, y que de sus pies brota un río de llamas que inunda toda la parte izquierda de la composición.

—«Allí están, dice la *Guía de Pádua*, las mujeres de mal vivir y los obispos simoníacos, todos con la bolsa en la mano...»

A la derecha se ven los elegidos, los santos, los ángeles y las vírgenes.

En un lado todo es fealdad, tristeza y agonía: en el otro, todo es belleza, amor y bienaventuranza.

De la *Madonna dell' Arena* me hice llevar á la iglesia de *Santa Justina*, solo por ver el *Martirio* de esta santa, famosa pintura de Pablo el Veronés,

Santa Justina es un hermosísimo templo del Renacimiento, que pudiera servir dignamente de catedral en una córte esplendorosa como París y Londres.

Lo mismo digo de otras muchas iglesias secundarias de Italia, que no tienen nombre en Europa, pero que si se alzarán en un país en que no fuesen tan comunes las obras maestras de arquitectura, bastarían por si solas para dar nombre y lustre á las capitales que las encerrarán.

Pues bien: *Santa Justina* sirve hoy de granero á los austriacos.

Ayer, cuando la ví, contendría mas de veinte mil sacos de trigo, sobre los cuales estaban tendidos, jugaban ó cantaban algunos soeces soldados, cuyas voces resonaban sarcásticamente en las altísimas cúpulas, á donde subía el humo, no del incienso como otras veces, sino de las pipas de los tudescos.

(Diré aquí de paso que el Austria, en vista de lo que acontece en Nápoles, está acumulando hace algunos días tropas, víveres y municiones en las orillas del Po, y que los paduanos creen que de un momento á otro las águilas de Hapsburgo pasarán el río y caerán sobre los nuevos estados de Víctor-Manuel.)

En cuanto á la pintura de Pablo el Veronés que yo habia ido á ver á *Santa Justina*, hállase todavía en el altar mayor; pero disfruta allí de tan mala luz,